Las no relaciones Irán-Arabia Saudita y las influencias de las políticas de los Estados Unidos (2016- 2021)

Iran-Saudi Arabia Non-Relations and US Policy Influences (2016-2021)

MSc. Gleydis Sanamé Chávez

Máster en Historia Contemporánea y Relaciones Internacionales. Investigadora del Centro de Investigaciones de Política Internacional (CIPI).

e-mail: gleydis.saname19@gmail.com

Número ORCID: 0000-0003-2710-8583

Resumen

El presente artículo expone las relaciones entre Irán y Arabia Saudita durante el período 2016- 2021, buscando evaluar los intereses de cada una de las partes en relación con la otra y hacia la región de Oriente Medio, al tiempo que encontrar en dichas relaciones los impactos de los intereses de Estados Unidos en el área. Para una comprensión de la coexistencia entre Teherán y Riad durante dicho marco temporal, se trabajaron antecedentes históricos de sus relaciones y de sus respectivos intereses geopolíticos. Las conclusiones resaltan la imposibilidad de evaluar esta vecindad desde un patrón regular donde se tengan en cuenta vínculos económicos, políticos, de defensa, entre otros, debido a la ruptura formal de relaciones, imponiéndose así la necesidad de un análisis desde las contrariedades y las pugnas de intereses. Asimismo, se concluyó que el factor religioso no ha sido más que un pretexto para expandir y materializar intereses políticos.

Palabras clave: Relaciones bilaterales, Irán, Arabia Saudita, Estados Unidos, guerra proxy, Medio Oriente.

Abstract

This article exposes the relations between Iran and Saudi Arabia during the period 2016-2021, seeking to assess the interests of each party in relation to the other and towards the Middle East region, while finding in such relations the impacts of US interests in the area. For an understanding of the coexistence between Tehran and Riyadh during that time frame, historical background of their relations and their respective geopolitical interests were worked out. The conclusions highlight the impossibility of evaluating this neighborhood from a regular pattern where economic, political and defense links, among others, are taken into account, due to the formal rupture of relations, thus imposing the need for an analysis based on opposing and conflicting interests. Likewise, it was concluded that the religious factor has been nothing more than a pretext to expand and materialize political interests.

Key words: bilateral relations, Iran, Saudi Arabia, United States, proxy war, Middle East.

Introducción

La coexistencia de Irán y Arabia Saudita en un mismo espacio geográfico ha conllevado, desde el triunfo de la Revolución Islámica de 1979, a celos y pugnas que lejos de mermar en intensidad han venido adquiriendo mayor complejidad con el paso de los años. Dicha complejidad ha estado marcada no por escaladas bélicas tradicionales sino por el uso estratégico de la desestabilización indirecta de los intereses geopolíticos de cada contraparte y la ganancia

de territorios que tributen al afianzamiento de objetivos de Estado, destacando como mayor vía de desgaste la guerra por interposición o guerra proxy.

Las relaciones entre Teherán y Riad desde esta perspectiva geopolítica han sido estudiadas por numerosos autores donde ha destacado la figura de la búsqueda de implantación de hegemonía en la región del Medio Oriente por cada una de las partes, como puede verse en investigaciones como la de Paloma González del Miño (González, 2018), de la Universidad Complutense de Madrid, la Tesis de Maestría de Paulo García Ruano (García Ruano, 2019), de la Pontificia Universitas Comillensis en España, o la investigación de Jack McGinn (McGinn, 2018), del Middle East Centre del Reino Unido, en cuyos cuerpos expositivos y objetivos de investigación se persigue un análisis sobre la confrontación entre ambos Estados, la competencia por establecer legitimidades y el tratamiento del factor religioso, siendo pruebas —junto a otras obras investigativas— de ser esa disputa bilateral de vigente importancia académica para el análisis de las relaciones en el área mediorienta.

En tal sentido, el presente artículo es resultado de una indagación académica que trazó la búsqueda de novedad científica sobre esta temática a partir de dos líneas: por un lado mediante la triangulación con los intereses de Estados Unidos en el área y cómo los actos de este país han influido sobre el tratamiento mutuo entre Irán y Arabia Saudita; por el otro, mediante un marco temporal específico (2016- 2021) donde se estudia la influencia de las posturas de Washington teniendo en cuenta dos administraciones, Donald Trump y Joseph Biden, para evaluar así continuidades y rupturas.

Teniendo en consideración lo anterior, el objetivo principal del escrito consiste en valorar las relaciones entre Irán y Arabia Saudita entre el período 2016- 2021 teniendo en cuenta los intereses y políticas de los Estados Unidos hacia esos países y en el área de Oriente Medio. Igualmente, de modo indirecto, se persigue demostrar la no prevalencia del factor religioso en la toma de decisiones

y acciones geopolíticas desde Teherán y Riad. Para una comprensión más profunda de las disputas bilaterales hubo un apoyo en el desarrollo de antecedentes históricos, en especial el papel de la Revolución Islámica en 1979 como punto de viraje, y en la explicación de algunos (mínimos) aspectos religiosos a tener en cuenta para comprender la rivalidad confesional que ambos países protagonizan.

Desarrollo

Las relaciones entre Irán y Arabia Saudita han representado durante años unas de las más ponderadas en análisis académicos, diplomáticos y mediáticos, debido al protagonismo y amplia influencia que logran imponer sobre las dinámicas políticas, económicas y de seguridad en Oriente Medio, e incluso, a nivel extrarregional.

Con altos índices de enemistad, aunque nunca mediante ataques directos, ambos países han optado por disímiles vías para demostrar su mutua animadversión, sin embargo, en los últimos meses, y tal parece que, por ciertos resortes desfavorables en la política de la Casa Blanca hacia Riad, ha habido nuevos movimientos y configuraciones. “Nuestro gobierno busca buenas relaciones con Irán y estamos trabajando con nuestros compañeros en la región para superar nuestras diferencias” (Hussein, 2021); así proclamaba en 2021 el Príncipe Heredero de Arabia Saudí, Mohamed bin Salman, la voluntad de su gobierno de dar inicio a una nueva etapa de coexistencia con su vecino de mayoría persa, dejando prácticamente atónita a la comunidad internacional ante cambios totalmente inesperados.

La sorpresa no hubiese sido de tanta magnitud si la agresividad indirecta con la cual se han tratado ambos Estados no hubiese sido tan evidente en los últimos tiempos, en especial, tras la ruptura oficial en el año 2016. Vale preguntarse entonces: ¿qué características han tenido las relaciones políticas, económicas y de seguridad entre Irán y Arabia Saudita en el período posterior a la ruptura bilateral?; ¿qué antecedentes históricos han definido el actual estado de coexistencia?; ¿qué nuevo escenario definen las actuales conversaciones?;

¿cómo intervienen las relaciones con Estados Unidos en esta vecindad? Trataremos de discernir estas cuestiones.

Antecedentes necesarios

La imagen que actualmente ostenta Irán ante las potencias de Occidente, en especial Estados Unidos, y países de protagonismo regional como Arabia Saudita no fue así siempre; la Revolución Islámica de 1979 dividió la trayectoria político-histórica de la nación persa en un antes y un después. En la era del Sha, dinastía de los Pahlevi, las relaciones con Washington y Riad se manejaron con completa cercanía, incluyendo hasta el apoyo financiero militar. Así, desde 1946 Irán formaba parte del Programa de Asistencia Militar de EE. UU., y para 1950 había firmado con este el Acuerdo de Asistencia de Defensa Recíproca; ya en 1954 Irán se uniría a la Organización del Tratado Central (CENTO).¹

Antes es importante tener en cuenta para este análisis que internamente, para las elecciones de 1950 en la nación persa, el Frente Nacional liderado por Mohamed Mosaddeq, quien se había opuesto a la sumisión a intereses extranjeros, logró el mayor número de votos; como consecuencia, la majles (Asamblea de Representantes) aprobó la nacionalización de la industria petrolífera en marzo de 1951 y poco después Mosaddeq se convirtió en primer ministro sustituyendo al elegido por el Sha, Hussein Alá.

En respuesta, el Sha, que en todo momento respondió a órdenes occidentales, destituyó en 1952 al Dr. Muhammad Mosaddeq, poniendo en su lugar a Qavam as-Salteneh; no obstante, las protestas populares devolvieron a Mosaddeq a su cargo y la solución final, de insospechado resultado, vino en 1953 al estilo de golpe de estado mediante una maniobra encubierta manejada por la CIA y el MI6² a través de la llamada Operación Ajax. Así Irán devino, una vez más, en territorio controlado completamente por Occidente, en especial por Estados Unidos, traduciéndose en su mayor aliado en la región del Medio Oriente para ese entonces.

El papel de cófrade con la Casa Blanca fue tan abarcador que incluso el gobierno iraní aceptó actuar como agente de dicha potencia en aquel territorio, los años posteriores lo demostrarían y así lo afianzó la estrategia organizada por Richard Nixon que pasó a la historia bajo el nombre "Doctrina Nixon". A propósito, Jorge Timossi y Andrés Escobar en el libro Irán no alineado apuntan que mediante esta política Washington intentaba no verse implicado directamente en un conflicto sociopolítico, manteniendo el ofrecimiento de una protección nuclear y ayuda militar a un aliado o cliente que desempeñaría el papel determinante en una zona específica (Timossi y Escobar, 1979: 54).

Más directamente lo confirmó el senador estadounidense Fullbright el 21 de mayo de 1973: "No se puede poner en duda nuestra posibilidad de que ocupemos la producción petrolera de los Estados del Medio Oriente. Militarmente son insignificantes y constituyen lo que los geopolíticos llaman un vacío de poder. Pero no tenemos la necesidad de hacerlo nosotros mismos dado que disponemos de un Estado subrogado a nosotros y militarmente potente en la región. El Sha de Irán es bien conocido por aspirar a desempeñar un papel de protección en la región del Golfo" (Timossi y Escobar, 1979: 55).

Una gran maquinaria de guerra se puso entonces en marcha en mayo de 1972, cuando Nixon y Kissinger (secretario de Estado de los Estados Unidos) acordaron enviar cualquier tipo de arma convencional, más financiamiento, que el Sha solicitara. De hecho, la idea de materializar un programa de investigación y desarrollo nuclear se remonta al año 1953, fecha en la que Estados Unidos, con un plan de Asistencia Técnica (y su eslogan Programa de Átomos para la Paz) promovido por el presidente Dwight Eisenhower, le otorgó los recursos y fondos iniciales a Teherán para el proyecto.

Mientras, algo parecido había ocurrido con la Arabia Saudita de la primera mitad del siglo. Ya para 1943 se aplicaba con Franklin D. Roosevelt la Ley de Préstamo y arriendo para abastecer de armamento a esa nación, pues comenzaba a

reconocerse su importancia estratégica para el país americano; tal es así que en 1945 formalizan relaciones este presidente y Abdelaziz bin-Saud (Salinas Garrido, 2019: 25). No obstante, los primeros nexos sólidos lo marcaron los hidrocarburos cuando en 1933 la Californian Arabian Standard-Oil logró acceder a permisos para exploración y estudios de yacimientos en territorios saudíes, llegando en 1944 a convertirse en Arabian American Oil Company (ARAMCO).

Así, la política de reconstrucción de Europa en segunda postguerra —conocida por Plan Marshall— hizo que se le añadiera mayor valor al petróleo árabe, pues permitiría adquirir los montos de recursos necesarios para satisfacer aquel propósito de recuperación que apuntaba a dar freno a la influencia soviética. Es por ello que para 1948 la administración de Harry Truman enfocó, quizás como nunca antes, nuevas líneas de acción; su Secretario de Defensa, James Forrestal, llegó a decir: “Sin el petróleo de Oriente Medio, el programa de recuperación de Europa tiene muy escasas posibilidades de éxito” (Salinas Garrido, 2019, 26)

Aunque, el paso más trascendental en la política exterior de la Casa Blanca para este momento lo constituyó la decisión de formar en 1950 la Sexta Flota de Operaciones, que implicó el traslado a la región de barcos y aviones de guerra que pasarían a ocupar puntos estratégicos en Turquía, Libia y territorio saudí. Y ya para 1957 Eisenhower se dedicó a negociar ante el Congreso el envío de tropas, cosa que consiguió. Si bien para 1973 el conflicto de Yom Kipur enfrió las relaciones entre Washington y Riad—debido al posicionamiento de esta última en favor de la causa palestina y, más aún, tras la crisis del petróleo generada por la decisión de no ventas del hidrocarburo a los financiadores del joven Estado de Israel—, todo retomó su curso a finales del gobierno de Nixon.

Sin embargo, no pueden obviarse cambios importantes que ocasionó esta breve crisis bilateral, como la creación en Estados Unidos de la Reserva Estratégica de Petróleo en busca de la autosuficiencia energética de ese país ante contextos de recorte como el vivido, y

el traspaso a manos del gobierno de la Casa Saud de los derechos de administración de la estatal de gas y petróleo, ya denominada Saudi Aramco, debido a los aumentos de su participación empresarial durante el último lustro de la década de los años 70.

En esta triangulación Washington —Riad— Teherán no existía divorcio, solo crisis contextuales, pero sobrellevadas con manejos de fichas precisos, oportunos, que permitieron a la potencia americana ir gestando dos centros de poder mediorientales que irían a conformar con Israel los tres puntos de seguro afincamiento regional para sus intereses. Al menos eso creía.

La Revolución de 1979 y el viraje radical

El proceso político y sociocultural que irrumpe en 1979 rasgaría el comportamiento clientelista ante Washington y pasaría a expandir un discurso diametralmente opuesto al antes sistematizado: antimperialismo, nacionalismo e islamismo serían las líneas de culto. Curiosamente dicho impulso revolucionario no solo acarrearía la enemistad de Occidente, en el espacio mediorientales despertó también el recelo de quien hasta ese entonces se consideraba Estado protector de la fe islámica, Arabia Saudita, con estatus supuestamente inamovible ante una tradición de siglos y, más aún, si esa fe islámica que enarbolaban (y enarbolan) es la de línea presuntamente “verdadera”.

La República Islámica de Irán que nacía no partiría de un culto al mayoritario sunismo, sino que con vertiente chií daría nacimiento a un tipo de Estado con combinación de poder clerical y poder popular, de tipo único en Oriente Medio; sistema político que emergería también como otra amenaza para el estatus de monarquías hereditarias comunes en el área del Golfo, pues la nueva república permitiría el sufragio popular para instituciones específicas del sistema (como el Parlamento), cosa no tradicional para aquellos regímenes, en especial para el de los saudíes. Los propósitos de exportar la Revolución y su sistema de valores y composición, así como apoyarse para ello en minorías chiitas a través del área, pasó a convertirse en argumento para tensiones bilaterales.

Sobre este apartado Pablo García Ruano, de la Universidad Pontificia Comillas de Madrid, afirmó en 2018 que: “El por qué puede relacionarse con (...) la consideración desde el régimen de Teherán de que Arabia Saudí no es merecedor del título de guardianes santos del islam (e incluso considerarlo como un Reino corrupto). Esto último siempre ha provocado inestabilidad y recelo en Riad, algo que acabó provocando incluso una sublevación chiita en territorio saudí en 1980. Durante la guerra entre Irán e Irak, en ese mismo año 1980, los saudíes consideran que la amenaza revolucionaria iraní representa una mayor amenaza para su seguridad y se alinean con Irak” (García Ruano, 2019: 33).

Tal es así que este autor, junto a la analista Ornela Fabani de la Universidad Nacional de La Plata, coinciden en que la creación del Consejo de Cooperación del Golfo (CCG), en febrero de 1981, tiene un alto por ciento de interés en aunar fuerzas en pos de una preservación de estatus regional ante las amenazas emergentes: por un lado, un Irak (el Baazista de Saddam) con ansias de dominio y expansión y, por el otro, un nuevo Estado con doctrinas “heréticas” en crecimiento (Irán) (Fabani, 2010:1).

Aunque este texto citado de Fabani no goza de actualidad, sí resulta un estudio esclarecedor y bien sistematizado sobre las causas y desarrollo del CCG, de hecho, es un completo examen sobre los primeros 30 años de la organización. Destaca aquí este fragmento: “Entre fines de la década del 70´ y principios de la década del 80´ la convulsionada zona de Medio Oriente se veía envuelta en una fuerte crisis producto de una serie de conflictos que en dicho momento involucraban no sólo a Afganistán sino también a dos de los Estados más poderosos del Golfo Pérsico: Irán e Irak. Es en este contexto que un grupo de Estados de la región decide aunar posiciones y en pro de la seguridad colectiva dar sus primeros pasos en favor de la integración regional (...) A diferencia de otros bloques regionales que se conforman netamente con vista a lograr una mejor inserción en el mercado internacional

los miembros CCG tuvieron como objetivo primario reunir fuerzas para afrontar conjuntamente las amenazas (...)” (Fabani, 2010: 1).

Más tarde, en 2021, esta propia autora confirma en otro artículo que: “la rivalidad entre la República Islámica de Irán y el Reino de Arabia Saudita es histórica, sus vínculos se encuentran cimentados en la desconfianza mutua, la competencia entre ambos poderes por imponer su propia visión del Islam y su lucha por el liderazgo regional” (Fabani, 2021). Igualmente, se apoya en los textos de Guido Steinberg (2014) y Ariel Jahner (2012) para aseverar que: “La rivalidad entre los mismos (Teherán y Riad) se acentuó a partir del año 2003, tras la invasión de los Estados Unidos a Irak. Ello en virtud de la desaparición, tras la caída del régimen de Saddam Hussein, del esquema triangular que permitía que los tres grandes poderes del Golfo —Irán, Arabia Saudita e Irak— se balanceasen entre sí para dar lugar a una estructura bipolar, en la cual los dos primeros pasaron a medirse en el escenario regional” (Fabani, 2021).

Esta afirmación tiene base en el hecho de que tras la caída de Saddam Hussein el poder político de Irak transitó a manos de grupos de adeptos a la línea chiíta del islam, lo cual pasó a ser visto como una oportunidad de influencia transfronteriza para Irán, cosa no errada, pues efectivamente fue contexto aprovechado por el Gobierno de Khamenei³ para influir. No obstante, el momento que propiciaría un viraje completo a la correlación de fuerzas entre ambas potencias en el área lo representó el período de levantamientos populares en 2010 y 2011 contra diferentes regímenes vigentes desde el siglo XX, conocido desde la literatura occidental como Primavera Árabe; levantamientos nacidos en Túnez y con ecos en Libia, Egipto, Siria, Bahrein y Yemen.

Las revueltas, basadas en aspiraciones populares de mejorías económicas y mayores libertades en el plano sociopolítico, desembocaron en nuevas crisis y hasta conflictos —como los casos de Libia, Yemen y Siria— que propiciaron la destrucción de los poderes centrales del Estado y sus instituciones para derivar en el caos, abriendo espacios a la emergencia de

nuevos actores, muchos de ellos amparados en el profundo sectarismo religioso existente. El sectarismo constituye uno de los grandes dilemas dentro del área de Oriente Medio a partir del amplio abanico de confesiones y etnias que coexisten dentro de un mismo país; más allá de los equilibrios de representatividad y poder que se traten de lograr entre ellas siempre surgen divisiones, contrariedades y hasta enconada enemistad por el interés de cada lado de imponer su verdad.

Así, el conflicto nacido en 2011 en Siria, que ha buscado en parte la caída del régimen de Bashar Al Assad (representante de los alawitas, vertiente minoritaria dentro del chiísmo), ha demostrado cómo el confesionalismo ha sido instrumentalizado en función de intereses geopolíticos; así lo han patentizado las influencias de Irán y Arabia Saudita en aquel país árabe. Las guerras por interposición o proxies han sido la vía utilizada por ambos Estados para manejar sus intereses dentro de los territorios vecinos en conflicto, no solo Siria, también Yemen, Líbano e Irak (en crisis política perenne); una estrategia que no los involucra directamente, pero les permite aprovechar el descontento interno y las necesidades de sectores y tendencias que comulgan con sus objetivos. Ambos, Riad y Teherán, “se piden las cabezas” mediante actos de terceros.

Ya mencionados los casos de Irak y Siria, podemos destacar también la situación del Líbano; la disputa se centra, igualmente, en el sectarismo religioso: los nexos con el gobierno de los ayatolás se han fortalecido tras el ascenso de Hezbollah, de la rama chií, al escenario político de ese país en la década de los ochenta del siglo XX, cuya posición sirve de cercanía a otro punto que estratégicamente Teherán necesita rodear: Israel. En cuanto a los Saud, la influencia sobre territorio libanés se ha proyectado hacia los sunitas, en especial mediante el apoyo a la familia Hariri y al Movimiento del Futuro, con el fin de mover hilos para favorecer hacia el dominio político mayoritario de aquella facción (Hernández-Martínez, 2021).

Para conceder un basamento teórico a la

caracterización de las relaciones bilaterales entre Irán y Arabia Saudita en la región de Oriente Medio, manifestadas como confrontación indirecta, podemos apoyarnos en las corrientes realista y constructivista dentro de las teorías de las Relaciones Internacionales; por qué lo amplía Agustín Dip Gilardone, de la Universidad Nacional del Rosario, en un texto de 2019: “Para poder analizar esta interacción entre sauditas e iraníes se hace necesario adoptar un enfoque teórico dual en el que se sintetizan los aportes de dos corrientes que a simple vista resultan antitéticas. Sin embargo, cada una, con sus respectivas ontologías y metodologías específicas —materialista e idealista— nos brindan herramientas de análisis para entender los componentes de las acciones externas de los actores”. Y continúa: “Los Estados formulan sus políticas exteriores en función de diversos elementos. Uno de ellos es el interés. Siguiendo al teórico de la escuela realista, Hans Morgenthau (1948), el interés es el determinante de las acciones de política exterior de los Estados en un período particular de la historia. A su vez, depende del contexto dentro del cual se formula la misma... Sin embargo, esto es insuficiente para analizar el complejo vínculo entre la Monarquía y la República Islámica. Es por eso que se toman los aportes de la escuela constructivista de las Relaciones Internacionales, que ponen el foco en los factores ideacionales (como la religión) pero sin desconocer la importancia de los elementos materiales” (Dip Gilardone, 2019: 2).

Y es que precisamente las vinculaciones con terceros actores, aunque disponen de identidad desde el punto de vista religioso, representan nexos que buscan que los grandes poderes pujantes materialicen intereses que van más allá de la fe, tienen que ver con deseos de dominación geopolítica, militar, económica.

Arabia Saudita e Irán, las no-relaciones entre 2016 y 2021

Tras la debacle traída por las llamadas “primaveras árabes” —donde unos Estados lograron estabilidad con nuevos gobiernos (parecidos a los anteriores), como el caso de Egipto, y otros

cayeron en un caos irresoluto (conflictos internacionalizados), como Siria, Libia y Yemen— en el año 2015 llega, bajo las administraciones de Barack Obama y Hassan Rohaní, la firma del Acuerdo Nuclear entre Irán y el Grupo P5 +1: la troika europea (Reino Unido, Francia, Alemania), China, Rusia y Estados Unidos.

El hecho de que Irán, bajo duras sanciones internacionales hasta ese momento, pudiera reanimar su economía al insertarse en el comercio mundial y continuar sus influencias regionales a través de grupos afines a sus políticas, constituyeron un conjunto de factores que significaron desventajas para la política exterior de Riad. Todo un escenario geoestratégico en detrimento para Arabia Saudita se figuraba, por lo cual la hasta entonces “tolerada” convivencia tenía que “ir al piso”; en el año 2016 rompen relaciones ambos Estados tras la ejecución por parte de los sauditas del clérigo chií Nimr Al-Nimr —considerado el de mayor liderazgo sobre la minoría chiita de aquel país— y las posteriores protestas en Irán contra este acto que terminaron en asaltos populares a la sede de la misión diplomática árabe.

Por tanto, las relaciones bilaterales en la etapa que transcurre entre 2016 y 2021 se caracterizaron por estar rotas, no establecidas formalmente; fue una convivencia marcada por la contrariedad y la guerra indirecta, por la agudización de los recelos vividos durante los acontecimientos relatados en el acápite sobre antecedentes históricos. En ese sentido, se hace imposible presentar vínculos económicos, de defensa y políticos entre ambos países durante el período escogido para análisis, más bien se puede ilustrar —a grandes rasgos— sobre los manejos regionales que cada una de las partes impulsó para disminuir el poderío (económico, de defensa o político) de su contrincante, teniendo en cuenta además las políticas provenientes de los Estados Unidos.

En el contexto internacional durante ese período, y positivo para los Saud, es importante tener en consideración el ascenso a la Casa Blanca de Donald Trump, quien debutaría con un discurso belicista contra el Estado de mayo-

ría persa (líneas perfiladas con anterioridad en alocuciones de campaña) y operaría en esa dirección hasta su salida en 2020, al tiempo que tendía favores y complacencias a la monarquía saudí. Se conjugaron varios elementos para una exacerbación de las contradicciones bilaterales, sin embargo, se mantuvo la postura del no ataque directo; así, las guerras proxies o por delegación pasaron a mayor escala, en especial en el escenario efervescente de Yemen.

Yemen, como antes se había mencionado, no quedó atrás en la cadena de movilizaciones populares anti establishment que emergieron a finales de 2010 y en 2011 en varios países de Oriente Medio. En ese Estado, al suroeste de la península arábiga, impactó fuertemente la caída de Ben Alí (el 14 de enero de 2011) en Túnez, provocando una emergencia de protestas en todo el territorio yemení que culminaron con la huida del hasta entonces presidente Alí Abdullah Saleh, en el cargo desde 1990.

Abd al-Rahman Rabbuh al-Mansur al-Hadi, quien fuera vicepresidente del gobierno de Saleh, asume el cargo frente al Estado, pero nada cambiaría con respecto a la situación vivida hasta ese momento, ninguna transformación, tan fue así que continuaron dominando y dirigiendo la economía las mismas diez familias que hasta entonces lo habían hecho (Dip Gilardone, 2019:3). Así, con la agudización de las contradicciones internas, en 2014 un grupo armado con actividad rebelde localizada hasta ese momento al norte del país, comenzó a adquirir mayor protagonismo en las disputas antigubernamentales: Ansar Allah (Houthí o hutíes), representantes de la secta zaidí, rama del islamchiíta. “Este movimiento tuvo como objetivo establecer un imanato...⁴ En la década del noventa comenzaron su accionar en la provincia de Saada como respuesta a la influencia del islam salafista en la región, auspiciada por Arabia Saudita. Acusaban al gobierno de corrupción, negligencia, de permitir la creciente influencia del wahabismo en el país y de alinearse con los Estados Unidos” (Dip Gilardone, 2019:3).

Este actor emergente en el conflicto comenzó a figurar como un soporte a las políticas de

influencias regionales del gobierno de Irán y, por tanto, en amenaza para los intereses de la monarquía contrincante, no solo por el posicionamiento religioso (chií, antiwahabita) sino por la determinación de independencia y soberanía de Yemen y, en especial, por estar anclado en un punto estratégico del mapa peninsular, por tener en común con los monarcas una larga frontera.

Sobre la importancia geoestratégica de Yemen para Riad —y el comercio mundial— es primordial destacar el papel de la seguridad en el Estrecho de Bab el Mandeb o Puerta de Lágrimas. Este sigue siendo un punto vital para el paso desde el Mar Arábigo hacia el Mar Rojo y que luego conecta con el Golfo de Adén, circuito clave en la transportación del combustible proveniente desde el Golfo Pérsico hacia el Mediterráneo; evidentemente cualquier conflicto en región yemení pone en peligro la navegación por esta vía.

Como consecuencias añadidas del desarrollo de ese problema sureño, otras amenazas fueron dibujándose para el territorio de Arabia Saudita, como la emergencia de grupos terroristas al sureste de Yemen—aprovechando las características de Estado fallido—como Al Qaeda de la Península Arábiga (AQAP), en las provincias Abyan, Zinjibar y Hadramut; también presencia mínima de grupos del Estado Islámico.

Para Irán, más allá de la coincidencia en la rama confesional con Ansar Allah, este territorio no despierta un real interés para su expansión, pero sí para desestabilizar el sur de su antagonista, tenerlo entretenido, desgastado; aunque niega apoyo material, la caída de Sanáa y el fortalecimiento constante de los hutíes no tienen lógica desde la perspectiva de una actuación independiente, más aún dentro de un contexto de estricto bloqueo internacional, el cual les impide el desarrollo de condiciones óptimas para una industria armamentística autónoma y competente.

Incluso, la posibilidad de intereses de Irán en desestabilizar el tráfico de petróleo saudí por el Mar Rojo (sirviéndose de los hutíes), teniendo ganada su influencia natural en el

Golfo Pérsico, constituye un mecanismo de presión y guerra económica que, en última instancia, podría significar punto que impulse a negociación bilateral. Según informes del Congressional Research Service de 2021, el Panel de Expertos sobre Yemen de Naciones Unidas resaltó que: “un cúmulo de evidencia creciente sugiere que individuos y entidades en la República Islámica de Irán administran volúmenes significativos de armas y componentes a los hutíes” (Congressional Research Service, 2021:13).

Según este propio documento, el ataque en abril de 2021 a la embarcación iraní MV Saviz en el Mar Rojo había llevado a investigaciones donde, según Arabia Saudita, se establecía que aquella era una supuesta base flotante de los Cuerpos de la Guardia Revolucionaria Islámica para administrar recursos y transferir armas hacia Yemen (Congressional Research Service, 2021:13). Asimismo, en septiembre de 2021, Israel anunciaba la supuesta identificación de una base iraní para entrenamiento militar extranjero (Base Kashan al norte de Isfahán) sobre el manejo de drones, el cual incluía a hutíes.

La política exterior de los Estados Unidos a partir de 2016, cuyo máximo rostro y promotor fue Donald Trump, se concentró en enfrentar lo que él y su gabinete consideraron “la mayor amenaza”, que para ese entonces ya no era el Estado Islámico (Daesh), ni Bashar al Assad, ni Al Qaeda, ni Hezbollah, había un solo nombre: Irán; si Irán caía, caerían los remanentes de todo lo que se le relacionara. Por ello el discurso vehementemente contrario al Acuerdo Nuclear de 2015; este era para Trump muy permisivo para el régimen chiita en materia nuclear, admitía el enriquecimiento del país y poseía poco marco temporal.

Según James Franklin Jeffrey, jefe del Programa sobre Medio Oriente del Wilson Center de Washington DC., las ambiciones nucleares iraníes por sí solas no revestían tanta preocupación para Estados Unidos y sus principales aliados regionales, Tel Aviv y Riad, como la combinación de estas con la consolidación de la llamada *Media Luna Chií*

a raíz de los posicionamientos e influencias en Bagdad, Damasco y Beirut, pero más aún, con la caída de Sanáa a manos de los hutíes (Jeffrey, 2021: 14).

Eso explica el asesinato a Qassem Soleimani, Comandante de las Fuerzas Quds de Irán, pues tenía un poder decisivo y estratégico en cada plan de organización y articulación de las milicias y aliados iraníes a lo largo de todos esos territorios. Como Irán no aceptaría las opciones propuestas ante la no aceptación del acuerdo nuclear por Trump, este acudiría a las sanciones como mecanismo de presión y a la confrontación regional con los aliados de aquel.

Así, el magnate mantuvo tropas en Irak bajo el supuesto de lucha contra grupos terroristas, pero en busca realmente de un balance ante las milicias proiraníes y, cada vez que hubiese un chance, hacerles frente; en Líbano, a raíz de la amplísima influencia de Hezbollah, trató de no intervenir, más aún luego del colapso económico para así dejar que dicho factor desmoronase (por sí solo) las fuerzas y capacidades de maniobra de aquel cuerpo de milicias; en Siria, se ocupó de cortar todo canal económico para recrudecer la situación humanitaria nacional y de gestión de Al Assad, apoyó las maniobras militares de Israel contra fuerzas iraníes y facilitó las operaciones turcas en el noroeste de Siria, en Idlib sobre todo, que vinculaba enfrentamientos también con aquellos (Jeffrey, 2021: 15).

En cuanto a la política exterior hacia Arabia Saudita, siempre con enfoque a debilitar a Teherán, Trump se concentró en impulsar una reconciliación a lo interno del Consejo de Cooperación del Golfo, así Qatar no seguía desplazándose tanto hacia acuerdos económicos con el vecino de mayoría persa—pauta frecuente luego de la crisis de 2017 y la política de bloqueo— y retomaba una alianza con Riad que reconstruyera de a poco un frente más promotor contra el “enemigo” común.

El otro paso, más bien el primero, fue garantizar la ejecución de intereses israelíes en el entorno regional a partir de los Acuerdos de Abraham, donde Tel Aviv atrajo a su reconocimiento como Estado a otros que renuen-

temente se habían opuesto por años ha dicho paso, pero vieron capacidad de colaboración defensiva y económica con el principal enemigo de Irán en el área. Contrarrestar la expansión iraní significó un desplazamiento de la causa palestina.

Aunque Arabia Saudí no firmó los Acuerdos, ni tiene relaciones bilaterales reconocidas con Israel, tal parece que esto no se ha materializado por el hecho de continuar proyectando la supuesta imagen de país “representante” de los pueblos árabes, guardián de los lugares sagrados del islam, que no traiciona aún la lucha por la creación de un Estado para el pueblo palestino. Sin embargo, bien se conocen los intentos de acercamiento y los contactos subrepticios que en materia comercial han pretendido activar con los sionistas.⁶

Entendiendo el juego de doble presión de la administración Trump contra sus proyecciones, Irán asumió una postura más desafiante aún: no abandonó sus influencias en los territorios previamente mencionados —de hecho, respondió militarmente a los ataques perpetrados por EE. UU. contra objetivos propios— y aumentó, a números cada vez más preocupantes, el nivel de porcentaje de enriquecimiento de uranio.

Como la política trumpista de “*Máxima presión*” impulsó más aun las actividades concernientes al programa nuclear iraní y las medidas coercitivas no hicieron caer al Estado de mayoría persa, más allá de experimentar notables manifestaciones populares —de hecho, hubo un aumento y fortalecimiento de sus alianzas comerciales y de defensa con países y organismos multilaterales importantes en el ajedrez político global como China, Rusia, Venezuela y la Organización de Cooperación de Shanghái— se imponía una nueva línea en la actitud del nuevo presidente estadounidense para 2021, Joseph Biden.

Que hayan perdido control sobre la actividad nuclear de Teherán obligó a la nueva administración a intentar una renegociación del Acuerdo de 2015, que Reino Unido, la Unión Europea junto a Rusia y China habían estado tratando de sostener; y esto significaría, obli-

gatoriamente, una reducción o eliminación de las sanciones económicas estadounidenses como condición para una conversación multilateral: la política exterior de Trump había sido inservible para los intereses anti-iraníes.

No obstante, Biden asumió en la práctica una actitud de continuidad trumpista —como en las posturas hacia varios países—, pues más allá de palabras y rondas de negociación entre enviados especiales de ambas partes, las sanciones económicas contra Irán y algunos de sus principales funcionarios continuaron. Aunque, en relación con el lado saudí, disminuyó la proyección mediática como “grandes amigos”; no obstante, se conoce que dicho comportamiento respondió a no vincular mucho la imagen de Washington ante las evidentes violaciones de derechos humanos relacionadas con la Casa Saud, postura que venía construyéndose desde el caso del asesinato al periodista Jamal Khashoggi en 2018.

Precisamente en 2021, fecha límite en el marco temporal para la presente exposición, se anuncia a la Comunidad Internacional la voluntad por parte de los gobiernos de Arabia Saudita e Irán de abrir conversaciones bilaterales en busca de un entendimiento para la coexistencia regional y el posible restablecimiento de relaciones. De lo anterior, nada casual si se calcula que: Riad ostentaba visible desgaste en conflicto yemení (más aún luego de los desenlaces en la disputada región de Marib) y necesitaba proteger sus objetivos económicos de conclusiones fatales, como los vividos por la estatal *Saudí Aramco*⁷ en 2019; no se lograba contener la influencia persa en la *Medialuna Chii*; no se derrumbaba el Estado iraní a pesar de sanciones económicas, y este aumentaba además los niveles de enriquecimiento de uranio y otras actividades nucleares, así como sus convenios internacionales.

En una visión más global, en cuanto a la relación Washington-Medio Oriente y estas conversaciones bilaterales (con escenario principal en Bagdad), el analista de la BBC, Ángel Bermúdez, acota que: “Uno de los principales impulsos para el giro de la política saudita hacia

Irán, procede de la nueva política de Estados Unidos hacia Medio Oriente: concretamente del deseo manifiesto del gobierno de Biden de reducir su implicación, sobre todo militar, en esa región del mundo” (Bermúdez, 2021).

Al mismo tiempo, destacan las opiniones de otros dos expertos en el tema: Trita Parsi, vicepresidenta ejecutiva del Quincy Institute for Responsible Statecraft, y Ayham Kamel, del Eurasia Group; en el caso de Parsi (Bermúdez, 2021), esta agrega que: “(...) durante la campaña presidencial de 2020, el actual mandatario estadounidense se comprometió a retirar las tropas de Afganistán, a quitar el apoyo a Arabia Saudita en la guerra de Yemen y a buscar reincorporarse al acuerdo nuclear con Irán. Desde su llegada a la Casa Blanca, Biden ha seguido esa agenda.”

Y confirma (Bermúdez, 2021): “El factor que más impulsó a los actores de la región a seguir la ruta diplomática no es el compromiso de Estados Unidos de respaldar a Riad contra Teherán o alguna nueva iniciativa diplomática para la región. Más bien, lo que catalizó las conversaciones es exactamente lo contrario: las cada vez más claras señales de que Estados Unidos se está retirando de Medio Oriente”

En el caso de Kamel (Bermúdez, 2021), coincide en que la consideración de una política menos agresiva hacia Irán por parte de la Casa Blanca es causa para que la Monarquía reevalúe nuevos movimientos diplomáticos en la región; la posibilidad de una vuelta al Acuerdo Nuclear de Viena 2015 impulsa a una gestión propia del Gobierno saudí para alcanzar una desescalada con su contrincante. No obstante, ante todo ello es importante tener en cuenta la posibilidad de mayores alianzas entre Riad e Israel, paso neurálgico y posible en el mapa geoestratégico mediorientista y que Irán está evitando a todo costo, por ello también su aceptación al diálogo.

Si miramos hacia algunos puntos de negociación (no muy publicados mediáticamente) las ideas anteriores se confirman, enfoque en: situación en Yemen, Siria y Líbano, así como en el Convenio Nuclear; intentos de liberar tensiones sobre realidades que están siendo bien costosas para las partes. Desde el Centro

Dayan de Estudios sobre Oriente Medio y África de la Universidad de Tel Aviv, de Israel, su director Uzi Rabi explicó, en entrevista para el medio The Media Line en 2022 y citado por Israel Noticias, que las reuniones entre ambas partes tienen que ver con la postura cada vez menos penetrante de los Estados Unidos y la delicada situación en Yemen.

Este experto aseguró que los saudíes: “ven el afán estadounidense por reanudar el acuerdo nuclear iraní, y eso les dice que tienen que buscar otros amigos” (Israel Noticias, 2022); y precisó que “los saudíes han sido derrotados en Yemen y les gustaría conseguir un compromiso para compensar sus pérdidas y crear una situación en Yemen en la que los Hutíes [que son apoyados por Irán], no se hagan demasiado fuertes”, percibiendo como una búsqueda de compromiso hacia Sanáa desde Teherán.

No obstante, las conversaciones no se han traducido ni deben derivar en un desenlace feliz instantáneo para la coexistencia entre estos vecinos naturales, la posibilidad de un restablecimiento de relaciones no garantizaría una normalización de las mismas; lo más probable es que continúen las pugnas —cada uno desea controlar y tener seguridad de puntos de apoyo regional—, aunque sí parece seguro que se alcance una desescalada.

Conclusiones

Las relaciones entre Irán y Arabia Saudita entre 2016 y 2021 no pueden ser analizadas desde el enfoque de nexos bilaterales en materia económica, política o defensivo-militar debido a la ruptura diplomática oficial entre ambos Estados desde el año 2016. Por ello, el único nivel de análisis que admite la coexistencia de los dos Estados en el mismo entorno regional y en el plano de las relaciones internacionales ha sido el de los mecanismos de debilitamiento y confrontación indirecta que han explotado entre ellos.

Así, es importante concluir que las disputas confesionales entre Riad y Teherán si bien han figurado como catalizador de una enemistad de décadas, han devenido como un ejemplo de instrumentalización religiosa para

conseguir objetivos geopolíticos dentro del área que comparten, lo cual queda demostrado, por ejemplo, con los intentos de Arabia Saudita de extender lazos con Israel —de religión judaica y Estado usurpador de territorio de país árabe con población musulmana—, o con el acercamiento entre Irán y Qatar (de mayoría sunní) luego de la crisis de 2017 de este con los restantes miembros del Consejo de Cooperación del Golfo. Arabia Saudita e Irán han jugado, y continuarán haciéndolo, con la propaganda religiosa y el eslogan de “máximas autoridades protectoras de fe y lugares santos”, pero estos no son más que mecanismos de atracción para grupos disidentes dentro de regiones en conflicto —que necesitan de un apoyo político y militar— y actúan como carta de entrada de cada una de esas potencias a dichos territorios.

Por último, las políticas de los gobiernos de Estados Unidos hacia Teherán y Riad durante el período condicionó el nivel de agresividad o distensión entre ambos países: mientras más bélico se comportó Donald Trump hacia Irán, más aún se complejizaban los enfrentamientos mediante proxies y ataques a objetivos económicos; mientras más crecieron los intentos de la Administración Biden de enfriar los conflictos con los iraníes, más percibió la Casa Saud la necesidad de una relajación en el enfrentamiento bilateral.

Notas

1 El CENTO, también denominado Pacto de Bagdad, se formó con el impulso de EE.UU. Estaba conformado por Irán, Iraq, Pakistán, Reino Unido y Turquía. Su meta era la contención de la Unión Soviética (URSS) mediante la situación de una línea de estados fuertes a lo largo de su frontera sudoeste (Echenique Paz, 2014: 12).

2 El Servicio de Inteligencia Secreto más conocido como MI6 o SIS, es la agencia de inteligencia exterior del Reino Unido. Responsable de las actividades de espionaje del Reino Unido en ultramar.

3 Líder Supremo y máximo jefe del Estado en la República Islámica de Irán.

4 Tipo de gobierno teocrático, cuyo liderazgo se asienta en un imán o sabio de las letras sagradas.

5 Región (imaginaria) del Medio Oriente con forma de medialuna o arco que coincide o representa las áreas con la composición mayoritaria de población chiíta en los países Bahrein, Irán, Irak, Siria y Líbano.

6 Ha existido esfuerzo bilateral para empujar acercamiento, entre ellos conversaciones interesadas en abrir espacio aéreo saudí para vuelos comerciales israelíes a cambio de la entrega de dominio a la Monarquía sobre las islas Tirán y Sanafir en el Mar Rojo (Nissenbaum, 2022). Así, Arabia Saudita anunció en 2022 la liberación de su espacio aéreo para todas las aerolíneas, restando para la interpretación que queda expedito igualmente para Tel Aviv (Rosas, 2022).

7 Ataques ocurridos en septiembre de 2019 contra la mayor planta de refinamiento del mundo ubicada en Abqaiq, al este de territorio saudí, y también en el campo petrolero de Khurais. Los hutíes se lo atribuyeron, aunque desde los Estados Unidos altas personalidades del gobierno, como Mike Pompeo, señalaron a Irán como ideólogo. Se lanzaron cerca de 10 aviones no tripulados (drones) para efectuar la agresión.

Referencias bibliográficas

- Bermúdez, A. (2021): "Arabia Saudita vs. Irán: por qué estos archirrivalos han iniciado un diálogo 'sin precedentes'", BBC News, <https://www.bbc.com/mundo/noticias-internacional-57124106> (20/7/2022).
- Congressional Research Service (2021): "Yemen: Civil War and Regional Intervention". R43960, <https://crsreports.congress.gov> (20/7/2022).
- Dip Gilardone, A. (2019): "El complejo vínculo entre Arabia Saudita e Irán y la guerra civil de Yemen", Cuadernos de Política Exterior Argentina (Nueva Época).
- Echenique Paz, Y. (2014): El programa nuclear iraní en las relaciones entre Estados Unidos de América y la República Islámica de Irán (2002-2013), Trabajo de Diploma, Instituto Superior de Relaciones Internacionales, La Habana.
- Fabani, O. (2010): "El Consejo de Cooperación de Estados Árabes del Golfo: un análisis de su evolución a 30 años de su conformación" (V) Congreso de Relaciones Internacionales, Octava Jornada de Medio Oriente, Universidad Nacional de La Plata, Argentina.
- Fabani, O. (2021): "Arabia Saudita e Irán y su primer encuentro en cinco años", Instituto de Relaciones Internacionales de la Universidad de La Plata, <https://www.iri.edu.ar/index.php/2021/04/21/arabia-saudita-iran-y-su-primer-encuentro-en-cinco-anos/> (15/7/2022).
- García Ruano, P. (2019): La rivalidad regional entre Arabia Saudí e Irán, Tesis de Maestría, España: Pontificia Universitas Comillensis.
- González, P. (2018): La competitividad geoestratégica Irán-Arabia Saudí en Oriente Medio. Rivalidad entre potencias regionales. "Política y Sociedad", España: Universidad Complutense de Madrid.
- Hernández-Martínez, D. (2021): "Guerra Proxy entre Irán y Arabia Saudí. Principales focos de conflicto en Oriente Próximo", URVIO, Revista Latinoamericana de Estudios de Seguridad, No. 31. doi.org/10.17141/urvio.31.2021.4649.
- Hussein, I. (2021): "Saudi Arabia's New Dialogue With Iran was Long in the Making. The Arab Gulf States Institute in Washington", <https://agsiw.org/saudi-arabias-new-dialogue-with-iran-was-long-in-the-making/> (15/7/2022).
- Israel Noticias (2022): "Conversaciones entre Arabia Saudita e Irán pondrían en peligro los futuros Acuerdos de Abraham", <https://israelnoticias.com/editorial/conversaciones-entre-arabia-saudita-e-iran-pondrian-en-peligro-los-futuros-acuerdos-de-abraham/> (10/8/2022).
- Jahner, A. (2012): "Saudi Arabia and Iran: The Struggle for Power and Influence in the Gulf", *International Affairs Review*, vol. XX, no. 2.
- Jeffrey, J. (2021): "The Trump Foreign Policy Legacy in the Middle East", http://turkishpolicy.com/file/articlepdf/the-trump-foreign-policy-legacy-in-the-middle-east_en_1287.pdf (20/7/2022).
- McGinn, J. (2018): "Saudi Arabia and Iran: Beyond Conflict and Coexistence?", Middle East Centre, LSE, London, <http://eprints.lse.ac.uk/id/eprint/89829>, (20/7/2022).
- Nissenbaum, D. (2022): "Arabia Saudita avanza hacia eventuales lazos con Israel", <https://www.latercera.com/earlyaccess/noticia/arabia-saudita-avanza-hacia-eventuales-lazos-con-israel/4CN7ZSZAUNEWHCVTJNTXCCHTUA/> (20/8/2022).
- Rosas, P. (2022): "Tirán y Sanafir, las islas del mar Rojo que pueden facilitar la normalización de las relaciones entre Arabia Saudita e Israel", BBC, <https://www.bbc.com/mundo/noticias-internacional-62178836> (20/8/2022).
- Salinas Garrido, J. (2019): Yemen, una guerra en el olvido, Tesis de Diploma, Instituto de la Comunicación e Imagen, Escuela de Periodismo, Universidad de Chile.
- Steinberg, G. (2014): *Leading the Counter-Revolution. Saudi Arabia and The Arab Spring*. Stiftung Wissenschaft und Politik German Institute for International and Security Affairs, SWP Research Paper, Berlin. También distribuido por FLACSO a través del enlace <https://revistas.flacsoand.edu.ec/urvio/article/view/4729/3879>.
- Timossi, J. y A. Escobar (1979): Irán no alineado, Cuba: Editorial de Ciencias Sociales.